



Cada país debe crear, mantener y
acrecentar el valor intelectual, moral
y físico de sus generaciones activas,
preparar el camino a las generaciones
venideras y sostener a las generacio-
nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

SEGURO SOCIAL:

una economía auténtica y racional
de los recursos y valores humanos.

Busque Este Rótulo en la Carretera Trans - Istmica



15 minutos sobre ancha carretera de concreto y encuentra Ud una temperatura 8 grados más fresca que en la ciudad.

41 lotes vendidos el primer mes son prueba de que en corto tiempo será ésta una moderna ciudad, con acueducto, luz, calles pavimentadas. Hemos reservado lotes para mercado, almacenes, estación de gasolina y más necesidades de toda ciudad moderna.

Solicite informes en la oficina allí instalada, o llame al teléfono 2930.

Una Urbanización de la *Compañía* **L. MARTINZ S.A.**

AROELECTRICA, S. A.

AGENCIAS, MATERIALES Y
SERVICIOS ELECTRICOS

Cable: "AROELECTRICA"

AVE. CUBA No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
PANAMA, R. P.

Avenida
JUSTO AROSEMENA
Y CALLE 12
Tel. 1088-L
COLON, R. P.

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año I — Julio de 1946 — Número 7

Julio B. Sosa

LA CERCA DE PIÑUELAS

(novela corta inédita)

LA HIJA DEL VIENTO

(cuento)



Nota de
Rogelio Sinán

BIBLIOTECA SELECTA

P A N A M A
1 9 4 6

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán
Oficinas: Avenida Ancón 73.
Apartado postal: 3181
Teléfono: 1436-L
Panamá, República de Panamá.

Precio de Suscripción

B. 1.50 al Año

* * *

En el próximo número publicaremos

Panamá es una Tacita de Oro

novela corta inédita
por
FITO AGUILERA

* * *

**Suscríbase a la
"Biblioteca Selecta"**

JULIO B. SOSA



Murió a las nueve de la mañana del 22 de Junio. No olvidemos la fecha.

La debemos grabar en nuestras mentes al lado de su nombre para ondularlos como una banderola contra toda injusticia. Porque a sus grandes dotes de escritor y creador de mundos imaginarios, Sosa unía su conciencia, su hombría de bien y el acerado coraje que demostró editando el semanario "Crítica" desde cuyas columnas inició la compañía renovadora de nuestra vida política. De esa lucha dispar — lucha de hidalgo con molinos de viento — nos queda su folleto intitulado "Cuarenta Años De Miseria" y numerosos artículos que bien valdría la pena recoger en volumen.

Como autor de novelas, dejó Julio B. Sosa tres obras de indiscutibles méritos literarios: "La India Dormida", premiada con Medalla de Plata en un torneo literario del Municipio; "Tú sola en mi Vida", que obtuvo el Premio Nacional en el Concurso correspondiente al de novelas Latino-Americanas abierto por la Casa Reinhardt & Farrar; y "En la Cumbre se bifurcan los caminos", todavía inédita. En todas estas obras se refleja el ambiente nacional, y el autor aprovecha el elemento ficticio para tratar los temas de nuestra historia. Así sucede también en sus relatos y cuentos cortos, de los cuales dejó varios inéditos, y que también merecen recogerse en volumen no sólo por su fuerza de concepción innegable sino por el acierto con que han sido narrados los asuntos. Uno de estos relatos ("Se llamará Jesús")

obtuvo el Premio en el Concurso de Cuentos de Navidad que patrocina "La Estrella de Panamá". Recordamos también "La hija del viento", "La Cerca de Piñuelas", "La Quimera", y "La Isla de Mogo-Mogo", estos tres últimos inéditos.

Agradable en su trato, modesto, afable, supo hacer. se estimar por dondequiera que su ardor lo empujaba. Pero acaso fué pródigo en demasía. Distribuyó su existencia en beneficio de una depuración de nuestra vida política que tardará en realizarse. Sin embargo, nadie le negará a Julio B. Sosa su puesto de pioner en el valiente despertar que ya se inicia en la conducta de nuestras juventudes.

Su vida es un ejemplo a seguir. Y su muerte, no un llamado al lamento sino agudo acicate que nos empuja a continuar en la bréga tras la ruta que él supo señalarnos.

ROGELIO SINAN





LA CERCA DE PIÑUELAS

NOVELA CORTA INEDITA

Por JULIO B. SOSA

Viejo Eduardo:

Alguien debió decirte ayer que estuve en el Puerto. Que pregunté por tí. Que pregunté por muchas cosas y nadie supo responderme. Que me pasé largas horas junto al río, entre las piedras negras y limosas, de cara a los manglares. De esos manglares sombríos. De ese infinito arenal cuajado en conchas. De ese viento quejumbroso, anudado al llanto del ocaso. Cuando quise cruzar temblé de miedo. Quería ver su tumba,

viejo. Quería ver si estaban las piñuelas. Quería ver si las vacas habían pisado sus huesos. Pero nadie me hubiera acompañado.

Eso es todo, viejo. Para tí, que estás cerca de ella. Junto a ese pedazo de playa que, como flor nocturna se ha cerrado a mis pisadas. Para tí, que no le huyes a la angustia, vá la historia. Sólo tú sabrás comprenderla y enterrar mis palabras en la nostalgia de tus ojos y tu corazón.

* * *

MALHAYA SEA!

La maldición sórdida, herida, dilatada, brotó de su misma alma, como si quisiera resumir en ella todo el ardor de sus venas. Como si vibrara en su pecho el temblor de una pena nueva. Como si un vendaval de pasiones, largamente contenido, estallara de pronto en la concavidad de sus temores. Siempre era así. Cada vez que Fabián encendía su pipa, de cara al viento, sin escuchar la voz de la precaución y se le apagaba el fósforo, le sucedía una desgracia. Siempre era eso...

Así fue la tarde aquella en que le picó la patoca. Había estado en el monte de Cheché ayudándole a recoger el maíz. Al linde de la tarde, —ya las sombras avanzaban hacia los maizales taciturnos— frente a la ráfaga que se llevaba las umbelas al fondo de la albina, se le apagó el fósforo. Pero no estaba él para pensamientos agoreros. Cuando uno no es dueño de la tierra que trabaja, no tiene el amparo de la aflicción. Decidió guardar la pipa en la mochila que colgaba de un tronco carcomido y de golpe sintió la mordida. Por sus venas le fué subiendo un hilo que le quemaba. Se le agarrofó la mano. No había tiempo

para hilvanar el desconsuelo. ¡Y de un tajo se llevó la falangeta!

Así fué para la Semana Santa. Tampoco había podido encender la pipa con el primer fósforo. En la inmensidad de su alma, la luminaria del fatalismo prendió bajo la noche inmensa. Pero no podía negarle la compañía al compadre Cundumí. Ya había oscurecido densamente y el viento peinaba con suavidad maternal las aguas del río. Dejó que el compañero tomara la dirección del chingo. La duda fue trepando por el cauce mórbido de su presentimiento. Un golpe inesperado, en plena sombra. Un huracán de angustia y se vió de pronto en el desamparo de las aguas. Cundumí no apareció jamás, y él llegó a la orilla sin otra voz que la que sellaban sus labios temblorosos.

Así fue cuando murió Rosalía, la compañera de Catalino. El viento, —¡siempre el viento!— le abrió de nuevo el portón de la mala suerte. No tuvo la noche tranquila. A pesar de la voz adolorida de María Gracia que pugnaba por adivinarse la zozobra. A pesar de sus ojos sin sueño que recordaban en la oscuridad la fosforecencia de los cocuyos. A pesar de esos labios carnosos de la muchacha que le buscaban la boca. De sus cabellos negrísimos que le lijaban el rostro. De sus muslos duros, que se le metían entre las piernas. De su cuerpo salvaje que lo llenaba todo. todo, en esa ola de deseos en que no se escuchaba más llanto que el de un gallito de monte agujereando la eternidad de las sombras. Hasta cuando la brisa le trajo, de golpe, el sollozo trágico del viejo Catalino y en su corazón inmóvil se coló el dolor sospechado.

Así fue cuando María Gracia, aquel ocaso triste en Camarón, cargó su voz sangrante para decirle que le habían apalabrado con Encarnación. Otra vez la ganas de fumar. Otra vez el fósforo que prende. Otra vez el viento que lo apaga. Y la sombra de la muchacha que se atraviesa. Y su queja ardiente, de una extraña modulación. Y el tiempo que cabalga, torvo y espeso. Y la ebriedad del amor que lo sacude. Y las ansias por libertarse, por libentar el cuerpo de María Gracia, en ese momento en que se entintaba la tierra, vuelta ascuas. Esa noche... ¡Esa noche! ¡Cómo aullaba el mar y cómo aullaban los perros flacos y se venía el aire cargado en olor a marisco!

Pero la historia no está lejana para que pueda ser olvidada.

¡Malhaya sea!

* * *

Tenía Fabián diez y siete años y trabajaba en una barca pesquera del chino Afú. Tarea dura, de seis a seis, sobre las aguas errantes y en constante lucha contra la furia y el grito del mar. Aspera vida que desvanecía toda pasión y que mordía sus carnes morenas para hacerlo insensible, sordo a la nostalgia de la tierra.

Pero conoció a María Gracia. Y desde entonces en el fondo de sus ojos nació una nueva luz llameante y conmovida.

¡Porque era linda y era buena la María Gracia! Todos los días, cuando él volvía de la pesca la muchacha lo esperaba en el palmar y allí se estaban, frente a las olas, que venían interminablemente a morir jun-

to a sus pies. Ovillada entre los brazos duros del muchacho, desfallecía en el silencio sin palabras que quebraban el rezongo del mar y la canción sin eco de las palmas.

¡Ay! Seguir esa vida sin rumbo, que no martirizaba la angustia ni el turbio aluvión de celos dispersaba! ¡Desarraigar todo temor al futuro y agrandárseles el corazón como se agranda el ruido de la galerna en los cantiles de Bique! Porque sus células ignoraban otros nombres que no fuesen los de ellos.

Pero llegó el día, —¿por qué intentó prender la pipa contra el viento?— en que María Gracia no estaba en el palmar. ¿Cómo ha de olvidar Fabián esa mala hora? Pasaban, pasaban, pasaban huyendo las gaviotas. Se arremolinaban las hojas secas y el viento gemía agarrándose a las pencas de las palmas. Con sus ojos abiertos como si quisiese atajar las sombras, al muchacho lo socavaba la ansiedad. Cuando al fin apareció ella, ardiente la mirada, acorralada entre la desesperación y el miedo, la ternura de él se desató en interrogante gesto. De la boca de la infeliz salían las palabras a pedazos, próximas a romperse en llanto. Su padre la había apalabrado a Encarnación, el mandador de la finca de las Alba. Iba a ponerle casa aparte, a regalarle perfumes, a llevarla a Panamá. Todo un inventario de riquezas que partían el pecho de Fabián como cuchilladas!

—Y tú ¿que piensas?— le preguntó él con infinita desolación.

—¡Si no me llevas esta noche me mato!

Nadie los vió salir, cogidos de las manos, con la complicidad de la espesa niebla que bajaba del Ca-

bra. ¡Playa abajo, montados en la esperanza del silencio! Arracimada al cuerpo del muchacho, María Gracia recogía en sus pestañas la humedad de la inesperada tragedia. Atrás quedaban sus padres. El dibujo de sus pisadas de niña. El humo de la cocina y el piar de los polluelos. El grosello — nidal de bimbines y azulejos —. Las hojas secas, la ausencia de su corazón anhelante y temeroso. Por sus ojos oceánicos no se mirarían los parajes ilimites de Camarón y Punta Bruja. Ni sus pies se quemarían en los arenales de Chumical. ¡Las redes de su esperanza emergían ahora huérfanas, exhaustas, sin más defensa que ese compañero silencioso, devorador de distancias, bajo la noche que caminaba desparramando estrellas sobre la tierra pródiga!

Y así anduvieron, anduvieron siempre de noche por temor a la venganza de Chon, por las playas de Vacamonte y los peñascales de Bique, alimentándose de ostiones y padeciendo la sed ante el lecho pedregoso de las quebradas engañosas.

En “Los Cabezos”, la muchacha creyó morir. Los pies desgarrados, húmeda la ropa, abierta su mansedumbre a la hoguera de tantas desazones, cerró sus ojos y se tiró bajo los manzanillos. Lloraba y sin embargo no sufría. Pálido e indefenso, Fabián no podía abandonarla para ir en busca de auxilio. Se sentía huérfano en la orfandad que carcomían el silencio y la frialdad de la costa. Unos pescadores que regresaban de Playa Leona se compadecieron de su dolor y cargaron a la muchacha hasta el rancho cercano del viejo Catalino, en el lindero del monte. Allí, amparados por el destino, al calor de un nuevo ho-

gar que los envolvía en una gratitud sin palabras, pasaron los primeros días. Poco después, Fabián logró con los propietarios del lugar un pedazo de tierra en donde levantar su monte. Y a la orilla de la playa, junto al bosque redondo, bajo la luz de las estrellas, levantó su bohío.

* * *

En la hondonada, a un lado del camino que se perdía entre ásperas cuevas, la tierra recién quemada ofrecía un armonioso panorama. Al menos así lo veía Fabián esa tarde, sentado en un viejo tronco, mientras daba largas chupadas a su pipa.

Un olor penetrante a selva lo llenaba todo. Florecía el verano en el perfume del hilán-hilán. En la dulzura de escondidos panales. En la flor y en el grano y en el manojito de hierbas silvestres. En el humo de la choza y en el rumor de recónditas quebradas. En el mugir de la vaca *cimarrona* y en el afónico ladrido del gozquejo. En la infinita queja de la *saloma* y en la vastedad de la sabana. A Fabián, como fruto también de esa tierra negra y humeante, se le llenaban los poros de una grata emoción que no podían expresar ni sus ojos dormidos ni sus labios resacos por el sol y por el viento. A través su ser sólo sentían el consuelo de un calor que lo besaba, de la semilla que pronto reventaría entre las grietas y surcos del monte, de aquella mujer dulce y sencilla, que todas las tardes lo esperaba en el portal del rancho para apagar su cansancio con el vaso de miel de su sonrisa y el temblor de sus brazos duros y morenos.

Frente al crepúsculo que vegetaba en sangre y ámbar la placidez del horizonte, sentía Fabián, aden-

tro, muy adentro, una gruta de añoranzas que inmovilizaba su corazón. Tantas cosas habían pasado en un año, desde la vez en que salió del rancho del viejo Catalino para vivir con María Gracia junto a la playa.

Habían pasado los días y habían venido las noches. A poco, como mandaba el destino o la fatalidad, se sumó a la caravana de campesinos que tomaban en alquiler un trozo de monte de una familia de terratenientes de la capital. Labrando la tierra, rompiendo los troncos, se le volvieron las manos rencorosas. ¿Por qué no hallar un rincón del mundo en donde la tierra no fuese de nadie? ¿Por qué pedir permiso y pagar después para sembrar un poco de arroz y esperar la cosecha con que engañar el hambre? ¿Dónde encontrar una cañada sin dueño y un rastrojo sin límites? Nadie parecía contestar el dolor interrogante de Fabián. El viejo Catalino le miraba con lástima. El tenía treinta años de sentir sin miedo esa esclavitud de la tierra, transmitida silenciosamente a su compañera Rosalía y a su hija Perfecta, que en un rincón de la cocina golpeaba con su tos de balda el humo y las piedras negras del fogón.

Sonreía con piedad el taciturno Cheché que afechado a la miseria, a su soledad, al rastrojo, a su miserable bohío, padecía inmutable una malaria que le arrancaba a tirones el color de sol de su epidermis.

¿Para qué protestar contra la suerte parecían decirle los labios exangües de Julio Santodomingo y de Ruperta? ¿Para qué moverse de ese campo si nadie, nadie consiguió un pedazo de tierra en donde no surgiera de improviso el gamonal con un recibo?

La vida de nosotros, decía filosóficamente Clara, el cazador de venados, sólo se detiene en la noche. Y pasaba con su rifle, indiferente, mientras la jauría de perros llagosos espantaba con sus labios a las dormidas rabi-blancas.

Sólo en María Gracia fondeaba el cholo su barca de esperanzas. Inclínada en la batea de pelar guan-dúes, levantaba a ratos sus ojos y lo envolvía en la caridad de su mirada triste. Emigraban entonces su resentimiento y sus utópicos anhelos como pájaros marinos ante la proximidad de la tormenta, hasta cuando llegaba la noche y la sombra borraba el contorno diáfano de las cosas. Bajo el cielo pequeñito deslumbra-ba entonces su pobreza alegre.

Para Semana Santa el viejo Cuto puso la cumbia. Ya se había olvidado en el villorrio la muerte de Raimundito y hasta la misma Mencha se había quitado el luto. Desnudo su cuerpo de pasados temblores, sólo sentía, adherido a su tímpanos, el ronco estertor del marido cuando en las últimas horas la pulmonía le devoraba por dentro. Fué para la quema del monte de Macre. Sudoroso y ardiente, tatuado el pecho por la negrura de pavesas, calmó su sed con el agua fresca del pozo del "Guagaratá". En la noche, pálido y anhelante del aire que le faltaba, comenzó a consumirse en fiebre. El estupor de Mencha la detuvo al borde de la cama de cañas hasta la madrugada. Y ni las tomas de toronjil ni los sinapismos de mostaza que le administró Pancha la de Felipe, lograron detener el hervor sórdido del pecho. Hasta la playa se sentía. Al tercer día, torcido por la asfixia, la muerte cimentó su cuerpo en el regazo fresco de la Mencha.

No se perdió una lágrima en el duelo silencioso de la desamparada. El humilde cortejo se fué por los caminos espinosos hacia el cementerio de la playa. Con las manos unidas, con los ojos ausentes, con la tiniebla y el estupor y el lecho vacío por compañeros, ella lo vió irse sin teñir el adiós con una palabra sollozante. Desde entonces, y hasta siempre, su dolor quedó sepultado en la red de su estoica mudez.

Cuto desparramó invitaciones en el Puerto y aguas arriba se llegó hasta Aguacate. la Eloisa y Bernardino. Vinieron también de Bique y Chumical, y en su yegua galopó el regidor de Playa Leona.

El año anterior había correspondido la cumbia a Arcadio, el de Guillermina. Fué la vez en que el cholo Venancio, del hato de Bernardino, cortó a File porque Nereida lo despreció. Hervía la cumbia en la alta noche y el guarapo calentaba la sangre de los bailarines. Los gritos se mezclaban con el golpe del tambor y el olor de la cañela y la esperma de las velas y los cuerpos enrollados que circulaban sobre el suelo polvoroso. Cien ojos seguían a Nereida. La chola sólo tenía sonrisas para File. En el cielo había muchas estrellas y la luna se metía en las aguas del río. Pero a Venancio no le interesaba más que la luz de las miradas de Nereida y la negrura intensa de sus cabellos, y su talle juncal que balanceaba al compás de la cumbia y sus senos ácidos, punzantes.

El, que se había cruzado de brazos para esperar la ocasión del amor que abrasaba su alma. El, que adelgazaba su voz para decirle el hondo secreto que todos ignoraban. El, que por besar esos labios de sabor a caimito era capaz de llorar y barrer con sus ma-

nos el polvo del camino, no pudo adherirse a la angustiosa espera, y ante el rechazo irónico de la muchacha, sacó el puñal y arteramente cortó a File.

Nadie diría ante la autoridad el motivo del crimen. El espeso perfume de la selva, el llanto de las aguas junto a las raíces del manglar florido, recogieron la maldición del afrentado, la queja de la hembra, el destilar de la sangre brava.

Pero Venancio se escondió para siempre en las faldas inhóspitas de Cerro Gordo.

* * *

Tembló la noche en la luz de las luciérnagas. Se llenó la tierra con el tun-tún oscuro del tambor doliente. Polvo se tornaron los terrones y el aire se hizo más amargo. Despertó la carne a la lujuria y el grito alado de las cantadoras turbó el tranquilo sueño de los talingos.

*Me quisiste, yo te quise,
me olvidaste, te olvidé,
los dos tuvimos la culpa
tú primero y yo después.*

En un rincón del rancho de Cuto, alejado de la rueda, Fabián dejaba rodar el tiempo en el desamparo de su soledad. No había podido María Gracia acompañarlo. Esa tarde, cuando el regresó del monte con la idea torturante de una desgracia porque no había podido encender la pipa con el primer fósforo, la encontró enferma. Una de esas fiebres palúdicas que le quemaban, a ratos, la sangre.

No estaba él, rodeado de ruidos y de gente, para alegrarse. Pero el viejo Catalino le había llevado una totuma con guarapo, que había trasegado de golpe.

Por lo demás todo parecía un cementerio sin cruces a su alrededor. ¡Si pudiera decir la tristeza que dominaba su corazón! Pero tenía que guardarla porque nadie estaba entonces anente a la compasión. Miraba a ratos la noche sin estrellas. Miraba los pasos de los bailadores desdibujar en el suelo multiformes figuras. Miraba la ronda de la cumbia entre el aire que besaba las enaguas de las hembras. Sentía, trágico, el golpe del tambor que desgarraba las manos encallecidas de Bruno. Lentamente se le subía, entre la sangre, el calor del guarapo. Veía los talles que se quebraban, las manos que se arqueaban, los labios que sangraban, el río que se salía del lecho fangoso y se regaba en el estero.

Una mano violenta le hizo bajar el hombro. Se volteó con presteza. Una voz y una figura y una sonrisa le espantaron el sopor.

—¡Don Encarnación!

—¿Cómo te va, Fabián? Sabía que vendrías a la cumbia. El viejo Eduardo me indicó que estabas aquí.. Pero ¿qué tienes? ¿Por qué no bailas?

La sorpresa lo había desarmado. ¿De dónde salió el hombre? ¿Por dónde vino? ¿Lo trajo acaso el río que se salió de madre? ¿O el golpe ronco del tambor que le martillaba la cabeza? ¿O la noche espesa que ahogaba sus pisadas?

¿No merecía la paz para que la turbase así el inolvidado rival? ¡Ah! ¡La sonrisa, esa sonrisa, siempre esa sonrisa de Chon que le entraba por los ojos como agujas oxidadas!

—No, no sé... ¡Ah! Sí... Estoy muy cansado para bailar—respondió al cabo, con ligero temblor en

la voz.

—Entonces, ven no te amilanes, vamos a beber por nuestra amistad, Fabián, que yo pago.

Al principio el muchacho sintió asco, repulsión. Pero todo se conjuraba para “desgraciarlo”.

Y se dejó llevar a un grupo en donde reconoció al regidor de Playa Leona, a Cototo, a Felipe el capitán de la “Evelia”. Chon se mostraba como si siempre hubieran sido amigos y no recordase la acción que los había puesto frente a frente.

Pagó todas “las totumadas” de chicha fuerte y le preguntó por María Gracia.

—¿Ya tienes hijo, Fabián?

El tuvo que confesarle que no. ¡Cómo es el corazón de egoísta e insano! En ese momento pensaba que la dulce compañera era estéril.

Chon siguió hablando de ella, en el ruedo de amigos, y a cada momento enseñaba sus dientes de conejo machango. Decía que era linda, y buena y servicial. No había una tan hacendosa y tan disputada como ella en Camarón.

—Supongo que no la habrás dañado, Fabián.

Y los amigos rieron, impúdicos. ¿Por qué no sacó el muchacho el puñal de su cacha? ¿Por qué él también rió como un inconsciente, como un estúpido?

Parpadeaba el grave amanecer en la humedad. La cunibia desmayaba. Bruno se dormía sobre el tambor. La voz de Eusebia volaba turbia, velada por la larga vigilia, entre el humo de los fogones.

*Yo sembré una hierba-buena
donde el agua no corría*

*yo le di mi amor sincero
a quien no lo merecía.*

Hasta los oídos de Fabián llegó la canción triste y desesperada, para impresionarlo dolorosamente. Sin despedirse del grupo de borrachos, se marchó. Parecía venir de la aurora y hacia la aurora iba. Pero cuando llegó a su rancho y le contó a María Gracia el encuentro, un grito sin raíces se quedó al borde de los labios de la muchacha. Ni las caricias de Fabián, ni las palabras de Cheché que antes de irse a la pesca pasaba siempre por su bohío, lograron borrar la sombra de su infortunio. Tal vez se trataba de un mero capricho como cuando a uno se le antoja comer marañón en Agosto o cocalecas en el desayuno. O de un viejo malestar palúdico que le inyectaban los zancudos. O la nostalgia lánguida de Camarón en donde sus padres estarían penando por su ausencia. Lo cierto es que en su hondo pesar, se abatió como las frondas olvidadas por el viento.

En la noche, con los primeros golpes del tambor, pudieron más los ruegos de María Gracia que el malhumor de Fabián. Arrastrado por Cheché volvió a la cumbia. Ella se quedó cansada, tierna, buscando a Dios como si fuera una niña angustiada.

¿Qué quiere, viejo Eduardo? La vida de uno es así, que se voltea como la lata de chicha en un mal fogón de tres piedras. Parece que esa noche una de las piedras estaba mal puesta y todo se le vino encima al pobre Fabián.

Ya Chon estaba allí, con su sonrisa burlona y su sombrero de junco que le caía de medio lado.

Comenzaron a beber fino. El regidor de Playa

Lcona había traído del puerto una botella de whiskey.

En el ruedo se bailaba ahora bullarengue.

*Ajé, y ansé
al hombre borrachón palo con él...
¿Quién es esa que ha salido?
La rosa con el clavel.
La rosa regando flores
y el clavel a recoger.*

Entre la bruma de su mirada ya perdida, Fabián sentía que una congoja le apretaba la garganta. Que la tierra le daba vueltas. Que se le metían por los ojos los árboles dormidos y el capacho le picaba las orejas. Nada le importaba en esa mala hora más que regresar a su rancho y hallar sus propios pasos.

A media noche, Chon le convidó a un sancocho. Las mujeres se habían cansado de cantar y Bruno hacía "filigranas" con el tambor. Había fuerte olor a polvo, a perfume barato, a marisco.

Se animaban las voces y se formaban grupos. A Cheché se lo habían llevado, completamente ebrio. Cuto seguía frente a las latas de chicha mientras File y Nereida se adormecían al calor de sus manos enlazadas. La vieja Pancha atizaba el fogón de las frituras. En la agonía de la fiesta las enaguas almidonadas de las cholas se estrujaban contra la hierba, contra las cañas del bohío, contra el mismo arenal de las playas.

Había cansancio en la voz del viejo Catalino que seguía con su manía de descubrir el rastro de un león. En el rústico mostrador manchado de guarapo y chicha fuerte. En la carcajada de Demetria y en las maldiciones de Macre. En la yegua del regidor que

se espantaba los tábanos, atada a un raquítico guarumo.

¡Sólo en el grupo de Chon no había cansancio! Después del sancocho siguieron bebiendo fuerte. Era un revoltijo de cerveza, de ron, de chicha, de guarapo! Hasta vino del cura de Chorrera que había traído José Ignacio la tarde anterior. Con el calor de la cabeza, surgían las confidencias.

¿Para qué diría Fabián el malestar de María Gracia? ¿Qué maleficio tiene el licor que así desata la lengua y descubre las intimidades?

Chon, con un tabaco en la boca, aparentaba indiferencia.

—No te amilanes, Fabián, que mujeres hay muchas. Unas veces son ellas las que se cansan primero y se voltean para donde sopla el viento...

—Así es verdad, don Chon.

—Yo no digo que esos achaques son de aburrimiento, pero si uno se pone a hacer caso a lo que por allí dicen...

A Fabián se le espantó el sopor de la juma.

—¿Qué dicen?—inquirió.

—No te sulfures, Fabián, que no es para tanto. Pero tú sabes que te estimo y sólo quiero ponerte en guardia.

—¡Claro! Para que no digan que soy...

—Eso es, muchachó. Tú sabes que nadie tiene comprada la fidelidad.

Fabián se serenó. Era preciso descubrir la verdad de todo. Aunque su corazón se erizaba de ponzoñas.

—Sí, es verdad, don Chon. Para algo nos bus-

can ellas. ¿Qué una nos engaña? Pues vámonos con otra que tenga marido para que vean lo que somos. A lo mejor, sin saberlo, entre dos amigos nos cambiamos las mujeres.

Y los dos comenzaron a reír, reír, reír, con una risa nerviosa, de borrachos.

—Lo malo en este caso es que Cheché no tiene mujer...

Fabián sentía que las palabras de Encarnación le pullaban los ojos. Que su voz no tenía eco. Que las manos se le ponían blancas, blancas. Que en su corazón, silenciosa y profunda, destilaba la última gota de sangre.

Ebrio de dolor, torcido por la revelación, no pudo soportar más. Se levantó como un tigre y voló a su rancho. En el frenesí que lo azotaba, comprendía ahora el malestar de la compañera, su desazón, su desapego. Hasta creía adivinar miradas furtivas, anhelos disimulados entre María Gracia y Cheché.

Agonizaba en la claridad del alba el último lucero. Era cuarto creciente y las olas venían a desmayar en la playa brillante y solitaria.

De un empujón Fabián abrió la puerta. En un rincón estaba la puya. Y allí, en la oscuridad de la alcoba comenzó a lanzar machetazos que unas veces caían sobre el cuerpo casi desnudo de la muchacha y otras en la almohada.

Se estremeció la tierra húmeda con los gritos de dolor de María Gracia a tiempo que, como un vendaval, locamente heroica, penetraba la comadre Ricardina. Y ante los gemidos de María Gracia que aún tenía fuerzas para perdonarlo, la intrusa le descubrió

la tremenda verdad.

—Pero gompá, por vida suya, ¿qué ha hecho?
¿No sabía que ella estaba preñada y quería darle la noticia el día de su cumpleaños?

¡Y faltaba apenas una semana!

Todavía tuvo Fabián la crueldad de dudar.

—¿Y Cheché, entonces?

—¡Qué Cheché ni qué niño muerto!

—Sí, don Chon me dijo que vivía con ella...

—¡Canalla! Pero si él no puede porque le vino una enfermedad de esas tan feas...

¡Venganza! ¡Venganza!

Lo buscó en la cumbia. Lo rastreó en la playa. Lo persiguió por el Puerto. No lo encontró. Se entregó entonces a la policía y su conciencia no vino a despertar sino en Coiba.

* * *

¡Fueron veinte años! Veinte años en que la niebla cayó sobre su vida. Lo llamaron entonces sombras que deambulaban, aguas oscuras que asfixiaban. Y pasó por caminos de semillas venenosas. Y un celero sin entrañas le achicó el alma. Y un compañero tísico le saltó las lágrimas. Y vivió de noche llevando la frescura donde la fiebre danzaba llamas de paludismo. ¡Veinte años!

* * *

La balandra dió un ligero tumbo y se oyó el grito del capitán.

—¡Vá la botavara!

Una súbita ráfaga cambió la vela. Se inclinó la barca a babor y enfiló por la entrada del Puerto.

Fabián, con los ojos pequeñitos, iba difícilmente

reconociendo los parajes. La Vaquita primero, con sus oquedades—refugio de gaviotas. Los Cabezos llenos de espuma, en donde la marea cerraba el paso a los caminantes de la playa. La Manzanilla, desdibujando apenas la raya blanca de sus arenales. Todo se le confundía dentro de sus miradas sin brillo y su cabeza triste.

Al principio intentó averiguar muchas cosas adheridas a viejos dolores. Pero la escasa tripulación le respondió con sonrisas irónicas, con interrogantes gestos, que a él le molestaron.

¡Veinte años antes... y en época de fiestas!

¡Si pudiera volver, perdidamente solo, y acumulando el rencor de sentirse olvidado, hacia esas tierras hoscas que aparecían desiertas! ¿Dónde estaban ahora los bohíos que mojaban sus cañas con el beso de las olas? ¿Dónde el viento que ronca y los silenciosos chingos y el capacho perseguidor de nubes? ¿Dónde el humo de las cocinas oscuras y el arroyo seco y los cascajales de la Cabima? Todo parecía ahora un vasto cementerio sin flores y sin cruces, sin sombras azules, sin piedras y sin días.

Era ya, ante estos mozos que ignoraban la vieja historia, presencia de fantasma que iría a despertar los blancos huesos de Palicho y Catalino, de Perfecta y de Nereida, del negro Claro y sus venados prófugos, de la dulce Ricardina y el humilde Cuto, de tantos otros que ahora se le olvidaban. Por eso se sentía solo como para cantar sin que la sangre se le enfriara.

¡Semana Santa como antes... y Sábado de Gloria, pero sin cumbia ni bullarengue! ¡Sin rueda de cholas ardientes ni los tambores roncacos de Bruno!

¿Para qué sirve volver si en su golpeado corazón siente la amargura de una nueva vida, lejos de la rusticidad serrana?

La balandra penetró en el estero. Cayó el ancla con un golpe seco y comenzaron a bajar los pasajeros.

Fabián se dirigió por el sendero pedregoso hacia las primeras casas.

El Puerto. Todo era distinto. El viento quejándose entre las hojas de zinc. La playa de los niños. Las cocinas blancas. La angustia de una música chillona. El polvo de los tambores de la cumbia, olvidados para siempre.

Se acercó a la cantina en cuyo salón se celebraba el baile. Bajo el sopor de los tragos, quiso cobijar su pena.

Ya nada podía detenerlo en esa tierra. De lejos le venía el fuego familiar de los recuerdos. De aquel bohío que orillaba la playa. De aquel monte al borde de la quebrada. De aquellos aspavés que buscaban las estrellas. Y el gemir de los corotúes en el viento de invierno. Y el llano con umbelas. Y un tronco carcomido. Y un coro de palomas bajo el brillo lunar.

Una vez que durmió en los potreros. Otra vez que bebió agua estancada. Que tuvo que comer masa sin sal porque María Gracia estaba enferma.

—¡María Gracia!

Un alto en el rodar de recuerdos. Y un amor y un beso. Y una lágrima y un machete. Y un reguero de sangre. ¡Y una cruz!

—“Cuando muera, que siembren una cerca de piñuelas sobre mi tumba para que no me pisen las va-

cas''.

¡Y él no había cumplido la promesa!

Su mente desvariada comenzó a torturarlo. Quien sabe... mientras él estaba en Coiba... ¡cuántas cosas tenía que adivinar! ¿Quién cuidó de su tumba, de sus manos redondas y sus cabellos lacios? Quería luego saber si ella sufría como él bajo su tumba. Si se ahogaba entre el fuego del arenal que la cubría. Si un racimo de frutas verdes daba sombra a su cruz. Si la cerca de piñuelas impedía que las vacas molieran su carne morena y fresca.

Viejo Eduardo, cómo lloraban sus ojos en la noche ciega, sin estrellas y sin viento. Iba por el muelle en ruinas, de limosas piedras, sin decir a dónde lo llevaban sus pasos. Tenía que cruzar el río. Que desandar la playa. Que apartar el bosque espinoso del cementerio. Que contar las piñuelas.

Sus pasos eran vacilantes. A cada momento amenazaba caer. Cuando llegó al borde del río se detuvo.

La noche se hizo templada. No había luna. De lejos, el viento traía la disonancia del baile. El río era una mancha de quietud. Entre los chingos se quejaban los caracoles.

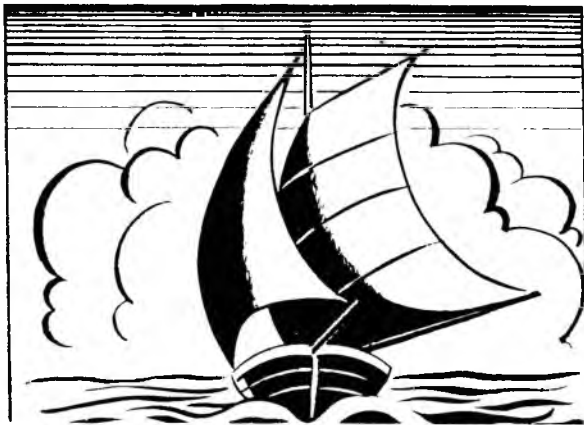
Fabían sacó su pipa, rasgó el fósforo y se le apagó.

Comenzó entonces a bajar por la pendiente fangosa. No tenía ya pisadas para el tiempo. Ni ojos para el río. Ni palpitación para la espera. La amargura brutal del pasado quedaba atrás, en la lejana noche de los veinte años.

Pisó una piedra y resbaló. Heroicamente se a-

garró al aire y cayó de golpe, pesado, en las aguas oscuras del río. Un ligero rumor. Un sombrero de paja que se llevan las ondas. Y una exclamación sordida, herida, dilatada:
¡Malhaya sea!





La Hija del Viento

Por Julio B. Sosa

En aquella punta de la costa hacia la cual el mar en su furiosa galerna llevaba a la barca, surgían los escollos, cubiertos eternamente de espuma. Los tripulantes, un mozoelo y dos viejos acostumbrados a vivir junto a la muerte, luchaban por evadir el destino que les señalaba recuerdos sombríos de naufragios. Porque esas olas que abatían las bordas y ese viento que había roto el velamen, parecían arroparlos con la fría

mortaja del océano misterioso que en su bruma y en los sollozos ululantes de sus recónditos furores les arrastrara hacia el trágico desenlace de la desesperación.

Iba cayendo la noche. En la cinta indecisa de los horizontes parpadeaba la luz del atardecer. Por los espacios ignotos, la luna ascendía, pálida y mortecina, y en la cumbre de los celajes rotos por el desfile de nubes huracanadas, se encendían titilantes las primeras estrellas.

La barca seguía a la deriva, de tumbo en tumbo, sobre las olas. Perdida en el horror de la tormenta, enigmática y veloz, sin dejar un hilo de esperanza en su estela fatal, era un despojo del océano, un haz de maderos destrozados, de velas desgajadas, de cuerdas rotas, llevados por el mar y por el viento sobre su infinita desolación. A uno de los marineros se lo había tragado una ola. Con los rostros contraídos por el miedo, el muchacho y el otro viejo pugnaban por sostenerse asidos a los restos de la nave.

De pronto otra ola gigantesca, inesperada, los separó. El marino lanzó un gemido doloroso, un grito de lastimero acento, de aguda imploración. El muchacho sintió que se hundía, que lentamente se le escapaba la vida entre un remolino final, y en la trágica lobreguez dejó de oírlo.

* * *

A la hora en que los gallos despertaban, el río comenzaba a llenarse de resplandores. Por entre los manglares floridos, sus aguas corrían silenciosas, amantes de recogerse en los canales, de extenderse en los remansos, de acogerse a la sombra de las barran-

cas cubiertas de verdor...

La aurora era templada y la india tuvo que abrigarse con su túnica de diseños vívidos y caprichosos. Junto al rústico muelle se balanceaba rauda su canoa. Embarcó en ella con la chiquilla que siempre la acompañaba, desató las amarras, y de un violento empuje se separó de la ribera. La corriente en su libre albedrío, la llevó hacia el mar.

El río Piñas rodeaba el poblado indígena en forma de herradura antes de llegar al estuario. La india conocía su curso desde su nacimiento en la serranía del Sapo hasta su desembocadura. A veces se adentraba por los numerosos canalones que acortaban la travesía y tenía que hundir en el fango el canaleta, pues la vaciante se retiraba dejando un estero plumizo que aprovechaban las garcetas y chirelas para coger los pececillos saltones e indefensos.

Esa mañana, la india remaba con ansiedad. Quería llegar al mar antes de que el sol estuviera a medio cielo. Por eso se alejaba de la orilla y tomaba la corriente para que la condujera veloz. Pero el viento entonces se paralizaba y la vela no podía utilizarla.

Después de duro bregar sus deseos se cumplieron. Las olas que azotaban los costados de la canoa le anunciaron la proximidad del océano. A lo lejos, los arrecifes, en línea ininterrumpida, parecían una corona de albura. El oleaje se intensificaba cada vez más y la india cambió la vela. La barca enderezó su rumbo hacia la ensenada, mientras evadía los escollos hábilmente. En la lejanía rielaba el sol sus primeros resplandores.

De pronto, la chiquilla que en la proa observa-

ba la inmensidad del horizonte, exclamó:

—Niña Alborada! Allá se ve una cosa blanca?

—Dónde?

—Allá en las rocas! Mire como lo hace el viento!

La india dejó de gobernar y colocándose sobre los ojos las manos, a modo de pantalla, observó fijamente.

—Parece una vela... pero no se ve el casco. Vámonos allá!

El bote torció su rumbo y enfiló hacia los arrecifes. Cortaba la proa las aguas intranquilas, y la vela se inclinaba majestuosa a merced del viento. Cuando arribaron a las rocas, la chiquilla saltó primero y gritó:

—Es un hombre! Está muerto!

Alborada voló a su lado, como una exhalación, y apoyando su oído, amorosa, sobre el pecho del naufrago, respondió al cabo:

—No... no está muerto! Sólo se ha desmayado.

Entre las dos lo tomaron con grandes esfuerzos y lo condujeron a la barca.

Alborada empuñó bravamente los remos.

—Anda, fricciónale el rostro, los brazos, el cuerpo todo —ordenó a la chiquilla.— Coge mi túnica y cúbrelo, que se está muriendo de frío!

Viró en redondo, cambió la vela a estribor y se lanzó en pos de la desembocadura del río. Ya el sol había salido por completo y Alborada no cesaba de remar. Un viento leve le ayudaba con las velas. La chiquilla continuaba incansable en su labor de reac-

cionar al náufrago que, pálido, yacía en el fondo de la barca.

Cuando llegaron al río, la marea seguía vaciando y la india tuvo que luchar contra la corriente. El sudor le pegaba los cabellos a las sienes, y su pecho jadeaba incesante, pero ella seguía remando con vigor. De vez en cuando miraba al hombre y se llenaba de aprehensión.

—Quién será él? De dónde vendrá?

Alborada no había salido nunca de la comarca que gobernaba su padre Onaquiña. Tenía diez y siete años y para sus ojos grandes e inocentes, la vida le ofrecía todos sus misterios sin despertar en ella malicias ni inquietudes. La aventura era tan brusca, tan impresionante, que su alma no tuvo insinuación alguna que por lo sutil, llegase a comprenderse con el engañoso ropaje de la quimera.

Alborada era bella y sencilla. Anhelante, con los ojos abiertos como nunca, miraba al muchacho que yacía a sus pies. Aquella era la mayor sorpresa de su existencia. Por eso el corazón le latía con violencia. Estaría moribundo? No habría esperanzas de volverlo a la vida? Sí... tenía que salvarlo! Tenía que remar vigorosamente para llegar al pueblo a tiempo y que el mago de la tribu lo auxiliara!

Tenía que sentir su aliento, que recoger la luz de sus miradas, que oír de sus labios tantas cosas ignoradas por ella en su estéril vida selvática!

—Está cansada, niña?

—No, sigue cuidándolo!

Cuando llegaron al muellecito, ya el sol tramontaba el cenit.

* * *

Despertó en un lecho de palmas, rodeado de cosas extrañas. Al principio creyó que soñaba. El ambiente, los objetos, los murmullos incomprensibles, todo se conjuraba para obsesionarlo con locura.

Poco a poco fue reaccionando. Las visiones se le hicieron más precisas, los rasgos mejor definidos. Observó la habitación, cuadrada, de piso de tierra y paredes de quincha, techo de palma y un jorón a donde se ascendía por una rústica escalera. Una ventana, de cañas menuditas, por donde penetraba el aire perfumado de la selva, y junto a ella, una astromelia blanca estiraba sus ramas floridas hacia el bohío.

Ibáñez observaba detenidamente lo que le rodeaba, con los ojos muy abiertos, asombrados. De pronto sintió una voz; volvió el rostro y se encontró con un indio viejo, que estaba en el dintel de la puerta.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres tú?

Y el indio le respondió con una sonrisa amable, que descubría sus dientes amarillos y recortados:

—Blanco, no tengas miedo. Esta es tu casa, y éste tu servidor.

—¿Cómo te llamas?

—Cacique Onaquiña. Ahora viene el mago y te curará.

En efecto, poco después apareció un anciano hechicero, quien con suma habilidad le vendó el brazo derecho, que tenía fracturado, y le cubrió con un bálsamo las ligeras escoriaciones que tenía en el rostro y las piernas.

—Pronto el blanco podrá caminar —dijo cuando concluyó las curaciones.

Pero Ibáñez no pudo darle las gracias. Una fiebre delirante se apoderó de él y permaneció muchos días amodorrado. El mago venía constantemente a lavarle las heridas, cambiarle las vendas y darle a aspirar un brebaje de hierbas silvestres. Alborada se asomaba a la ventana y pasaba largas horas siguiendo los menores movimientos del herido.

Un día, Fernando Ibáñez amaneció sin fiebres. Y esa vez cuando abrió los ojos, olvidado ya del delirio, vió a la india que lo observaba con indecible ternura.

Ella se puso encendida al notar los ojos de él clavados en los suyos.

—Ya no vendrá más Iparegui a curarlo —dijo para disimular el rubor.

—Iparegui?

—Sí, el médico que le ha salvado la vida.

—El tiene muchos conocimientos, pero a Ud. le debo la dicha de la convalecencia, niña...

—Alborada.

—Ah!

Un silencio embarazoso cayó entre esas dos almas que comenzaban a comprenderse. La india hizo un leve ademán de inquietud, y luego indicó:

—No cree que un paseo por la playa le hará bien?

—Usted es una enfermera buena. Por qué me mira tanto?

—Ella respondió cualquier cosa, y, cuando ya se iba, dijo quedamente:

—Mañana vendré a buscarlo.

Su imagen se había esfumado y sin embargo, flotaba en la estancia un rumor de selva. Parecía como que el aire estuviese encantado bajo el milagroso re-

flejo de la india pudorosa. Y cuando esa noche él se durmió tranquilo y reposado soñó que ella velaba junto a su lecho y le decía las más tiernas palabras de amor y rendimiento.

* * *

La tarde era triste y sombrías las riberas. Al filo del ocaso, tenía el río la vaga incertidumbre de un temor, el matiz romántico de una ilusión lejana. Al morir el día, ella se imaginaba la idea de una quimera que estuvo asomada a la vera de la ruta que nunca olvidaría. Alborada sentía sobre su pecho el ritmo acompasado de los remos sobre las ondas. En la proa, frente a ella, Fernando la miraba con arrobador deleite.

—Por qué me tratas como a un niño? No ves que yo puedo ayudarte a remar?

Ella entonces, sin pensarlo siquiera, le indicó un lugar junto al suyo, y siguieron navegando hacia el mar. A veces Alborada cerraba los ojos dejándose llevar por dulces esperanzas, con el deliquio sutil de sentir junto a sí el calor del hombre que amaba.

—Oh, Dios mío, —clamaba silenciosa.

Así era el amor.

Su alma, tantos años agostada en la esterilidad de la tribu, podría despertar del letargo con la misma facilidad con que el sol destruye las nubes precursoras de la galerna?

—Alborada —murmuró él quedamente—. Es preciso que me vaya... Ya llevo dos semanas de vivir en tu poblado y debo seguir mi camino.

—En nuestra casa, señor, no lo hacemos feliz? —inquirió ella temblorosa.

—Sí, Alborada... Si me voy, no es porque me sienta desgraciado... Es por haberme puesto Dios en tu sendero...

—Es porque te debo la única razón de vivir aquí... Es porque te amo, Alborada, y en tu pueblo no querrán que un blanco ame a la hija del cacique.

La india bajó los ojos ruborosa; el corazón le latió con violencia, la sangre le afluyó a las sienes y comenzó a remar vigorosamente.

Se apagaba la luz del día en el horizonte. En una curva del río, surgieron de improviso, el muelle rústico, la esplendidez del paisaje, que como un jirón de la naturaleza, parecían besar humildemente, la vegetación ribereña, el cristal de las aguas dormidas, el encaje de arboles que ciñó su melancolía a orillas de los cielos.

—Le ha hecho daño el viaje, señor?

—No, Alborada. Hubiera querido que el río no terminara nunca!

Habló tan desolado, como si las palabras le salieran con pesar, sin tratar de ocultar la tristeza, que la india lo miró fijamente; su corazón bebía ansioso las dulzuras de una pasión no escondida. Y le respondió con hondo acento de ternura:

—Mañana hablaré con mi padre.

* * *

Junto a un recodo del río, bajo la sombría arboleda que hacía triste la tarde, levantaron su bohío. Al caer de la noche, su silueta se reflejaba en las aguas con vaga incertidumbre. Por primera vez en su vida de indefinibles especulaciones, Fernando Ibáñez era feliz. En busca de una paz que anheló desde niño, ha-

bía roto con los lazos que le ataban a sus amistades, a sus parientes, a su mundo, para adentrarse en nuevas y desconocidas sensaciones, en cosas que a primera vista no tenían la fatalidad de ser amargas.

Era ahora un espíritu romántico el que lo aletargaba en la penumbra de una nueva vida.

En las noches cálidas de verano, se levantaba a ver la luna sobre la superficie tersa del río; a oír el susurro de las palmeras que dibujaban sus penachos en la inmensidad del cielo. Sólo pensaba en Alborada, cuya belleza era la nota luminosa de su vida. El vago recuerdo de su existencia pasada, no influía en el ardor de su sangre joven que se acostumbró a las horas sedentarias de la selva.

Alborada también lo quiso mucho. El tiempo le distraía sus esperanzas en los linderos de la montaña en donde mariposeaba junto a él como una niña. Ella disponía libremente de sus caprichos, pero seguía siendo esclava de la voluntad y los deseos de su amante. Vivían en plena primavera. En sus corazones germinaba la semilla de la dicha; conocían los secretos de la naturaleza, embriagándose en el perfume de los vergeles silvestres, con el arrullo de las torcaces; con las voces rientes de las cascadas y el ulular acompasado de la brisa; con el zumbido de los insectos; el roce leve de todos los alientos, de todas las alas, de todos los seres! En medio de una armonía que tenía abiertas sus palpitaciones a toda ilusión, latían el amor apasionado y las esperanzas ilimites.

El alba lo miró camino hacia el mar, en donde pasaba largas horas dedicado a la pesca.

Regresaba a medio día al bohío, y allí, Alborada

le quitaba el cansancio con las caricias y los mimos de su alma sencilla e inocente. Si acaso alguna vez, los recuerdos de antaño le empañaban la frente, ella se los destruía con su voz de cristal, que unas veces entonaba canciones de la montaña y otras relataba historias emocionantes de caciques y conquistadores.

Como un milagroso florilegio insospechado, las cenizas del tiempo fueron opacando las visiones de otras épocas. Y él pensó que había sido para siempre.

* * *

Se fueron los días y vinieron las noches. El invierno cayó más iracundo que otros años. El río se creció devorando las frágiles barrancas y el frío penetró hasta el alma de Fernando Ibáñez. Poco a poco le fueron fastidiando las caricias de Alborada; la selva se le hacía oscura; el bohío, hostil. A menudo se dirigía a la playa por senderos olvidados y como un soñador permanecía horas enteras escrutando el horizonte, en demanda de una vela blanca que le hablara del retorno a la civilización. Envuelta en el hermetismo fatal de su espíritu, Alborada veía con terror el abismo que se iba abriendo a sus pies, y lloraba silenciosa su prematura desgracia.

Por qué existía la separación de razas? Quién instituyó en la humanidad la diferencia de castas y de sentimientos?

Cuando Fernando partía todas las mañanas con una excusa inútil, a ella la cegaba un velo de desesperanzas.

Y un día no regresó más.

Con el espantoso quebranto de un dolor muy ínti-

mo, retornó a la casa de su padre. Iba atónita, marchita, como si ignorara el suceso que había marchitado su vida. No se fijaba donde ponía sus plantas, si era en ortigas o en los pantanos.

Su padre la recibió humillado, contrito, pensando amargamente: "Yo tuve la culpa. Por qué la dejé ir de mi lado?"

Y ella lloró sobre su pecho todas las desventuras y todas las lágrimas que difícilmente pudo ocultar al que llevándole sus promesas le llevó también su alma. Ignorando cómo pudo suceder aquello, se quedó con una duda eterna, contemplando destrozado para siempre su dulce y único amor.

* * *

El "Balsas" orillaba la costa cercana a la desembocadura del río Piñas. Era un flamante barco de la Compañía Frutera del Darién que hacía sus viajes regulares entre los puertos del Pacífico.

Entre los pasajeros había uno que se distinguía por el aire misterioso que le rodeaba. Era ya bastante entrado en años. En sus ojos, de una melancólica expresión, brillaba un fulgor extraño. Acodado a la borda contemplaba la estela que el buque iba dejando entre las inquietas ondas. Quizás pensaba que él también había dejado en su vida una huella agitada que el viento borró.

Se acercaba el final del viaje y los pasajeros sentían la impaciencia del desembarco. Los rostros eran alegres, los espíritus comunicativos. Sólo el viejo taciturno parecía obstinarse en su ensimismamiento. Por su mente cruzaba una historia ya olvidada que envolvió su existencia, hacía veinte años, en emociones vio-

lentas y en quimeras irrealizables. El bullicio que se formaba cerca al muelle le indicó que había llegado al término de la jornada.

Desembarcó sombrío, con la honda expresión de sus ojos clavada en el puerto, tratando de buscar alguna cara conocida.

Estaba anocheciendo. Los últimos resplandores del sol daban al ambiente un aspecto solemne de tristeza.

En la pasarela se encontró con el capitán del barco, quien le inquirió amablemente:

—Dónde hospeda usted, señor Ibáñez?

—No sé... No conozco nada... Usted comprenderá, tantos años de ausencia.

—Pues, véngase conmigo al Hotel Cuna, el único lugar que puede considerarse como alojamiento.

—Con mucho gusto, capitán Holmes.

En la calle se les agregó el práctico de navegación del puerto. Ibáñez iba mirando las personas con quienes se cruzaba. La mayoría eran indígenas civilizados que se dedicaban al cultivo del banano, y que después de venderlo a la Compañía Frutera, gastaban el dinero en víveres o se emborrachaban en las cantinas.

El capitán y sus huéspedes llegaron al hotel y penetraron en el bar.

En una mesa que daba a la amplia balconada, ocuparon sitio.

—Tres whiskies dobles! —pidió el capitán, y dirigiéndose a sus acompañantes manifestó:

—Perdonen ustedes, pero es lo que más les conviene para evitar las fiebres que produce este endia-

india, vive?

—Está aquí? Usted la conoce?

—Como no, siempre baja al pueblo a vender unas correas curiosísimas que elabora con cuero de lagarto. Cuando llega barco, es seguro que viene.

—Y usted qué interés tiene, señor Ibáñez? —preguntó el práctico golpeándole amistosamente en el hombro.

—Yo? No sé... curiosidad, simple curiosidad... convencimiento pleno de esta historia tan rara... prueba natural de un suceso que no tiene paralelo...

—Allí viene, precisamente! Mírela! —exclamó el capitán señalando hacia la calle.

En efecto, Ibáñez giró sus ojos en la dirección indicada, a tiempo que venía una india de largas trenzas atadas con un cintillo, llevando sobre sus hombros un rollo de correas.

La muchacha podría tener unos diez y nueve años. No era bonita, pero tenía una melancólica expresión de dulzura en el rostro, que seducía.

Un momento se detuvo indecisa y luego, se dirigió hacia la mesa en donde se la esperaba con interés.

—Mozo, sirva lo mismo —ordenó Ibáñez nervioso.

—Buenos días, niña bonita —saludó el capitán.— Me traes el rebenque que te encargué el mes pasado?

—Sí, señor. Aquí lo tiene.

—Gracias. Cuánto te debo?

—Un peso, señor, porque está curtido.

Y dirigiéndose con una sonrisa amable a Ibáñez, añadió:

—Y usted no quiere nada?

El no respondió. Ante su imagen surgía, doloroso, todo un drama. Cerró los ojos angustiado e imaginó a Alborada llorando el más amargo quebranto de su vida, con la inquietud desoladora de sentirse engañada y sintiendo en su vientre el fruto de su amor, cuando descendía ya rumbo hacia la muerte. Tan humano era ese dolor y tan angustioso, que se emocionó al evocar la mirada de la india moribunda en demanda de él, en un postrer ademán de esperanzas, en una ardiente llamada de consuelo. Pero el hundimiento había sido definitivo. Ante él tenía el único recuerdo de aquella que dejó engarzada en su alma una pasión indefinible y eterna!

Cuando abrió los ojos, le parecía tener nuevamente a Alborada frente a él.

—Cómo te llamas? —le preguntó.

—Lirio Azul.

—Bonito nombre. Y tu madre?

—Murió... Se llamaba Alborada.

—Y tu padre, está vivo?

—Mi padre, señor, es el viento.

—Cómo? —exclamó Ibáñez asombrado.

—Sí, señor. Mi madre me enseñó a decir así...

—Entonces, tú no quisieras conocerlo? —añadió él con indecible angustia.

—Para qué, señor, si cuando ella me dijo así era porque no quería que lo odiara... No me va a comprar nada, señor?

Fernando Ibáñez bajó la cabeza derrotado. Una pesadumbre sorda lo azotaba. El destino volvía a herirlo en lo único que podía ya querer.

Sacó una cartera y extrajo dos billetes de a diez

balboas cada uno.

—Me quedo con todas —murmuró.

—Gracias, señor. Es usted muy bueno.

Y cuando ella de regreso a su casa se perdía por el camino ancho y soleado del pueblo, Fernando Ibáñez dejó caer su rostro sobre la mesa, y, ante el asombro de sus compañeros, rompió a llorar como un niño. Por segunda vez había dejado pasar la felicidad.



BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VOCACION FILOSOFICA**
DEL DOCTOR JUSTO AROSEMENA
por El Dr. J. D. Moscote
El Marqués de Lumbria
novela por Miguel de Unamuno.

- 2 PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO**
por el Dr. Octavio Méndez Pereira
La Institutriz
novela por Stefan Zweig

- 3 INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO**
por Enrique Ruíz Vernacci
y cuentos de Salomón Ponte Aguilera,
Dario Herrera y Ricardo Miró

- 4 “TODO UN CONFLICTO DE SANGRE”**
“A la Orilla de las Estatuas maduras”
dos cuentos de Rogelio Sinán

- 5 SIETE CUENTOS MEXICANOS**
Selección y Nota Preliminar
por Manuel Maples Arce.

- 6 EL CIEGO DEL BULABA**
Novela corta inédita
por Alfredo Cantón.

Concurso Literario

Gane 25 Balboas

La Farmacia Selecta, en gesto digno de loa, presta su apoyo decidido a nuestra empresa de difusión cultural patrocinando este CONCURSO DE CUENTOS al que concurrirán únicamente los alumnos de los Colegios de Segunda Enseñanza

El tema y la extensión de los cuentos quedan a voluntad de los concursantes.

Los trabajos (tres copias) deben enviarse a Biblioteca Selecta, Concurso Literario, Apartado 3181—Panamá—antes del 15 de Octubre, fecha en que se cierra el Concurso.

Los resultados se darán a conocer en No. 11 de Biblioteca Selecta correspondiente al mes de Noviembre.

Habrà un premio único de VEINTICINCO BALBOAS y las menciones honoríficas que el jurado crea conveniente.

CUATRO CUENTOS INEDITOS
DE AUTORES PANAMENOS

• J. M. SANCHEZ

“PUEBLO PUERTO”

Personajes y aspectos de la vida de un puerto tropical, soberbiamente logrados por la pluma de José María Sánchez e ilustrados por Carcheri, Conte Porras y Franco.

• OFELIA HOOPER

“EL INDIO SENIL DOMADOR DE JAGUARES”

Leyenda guaimí donde campea la gallarda silueta del valiente Señil atravesando las selvas acompañado por sus treinta jaguares.

E. J. CASTILLERO R.

“EL PENITENTE DE LA OTRA VIDA”

Leyenda de aparecidos en la que se nos habla del perro prieto, la mula enfrenada, la procesión de ánimas, el padre sin cabeza, la tulivieja, la silampa, las brujas, los duendes, el chivato y otras supersticiones creadas por la imaginación popular.

• DR. J. M. NUÑEZ

“¡TATA!”

Cuento de vigoroso realismo en el que la vorágine del vicio y las fuerzas de la naturaleza bravía castigan rudamente al viejo “tata”, ebrio de alcohol y de pasiones.

Aparecerán en los próximos números de la
BIBLIOTECA SELECTA

Próximamente!

**PANAMA ES UNA
TACITA DE ORO**

novela corta inédita

por

FITO AGUILERA

! P r ó x i m a m e n t e !

C U E N T O S
G U A T E M A L T E C O S

Selección

y nota preliminar

por

ALFONSO ORANTES

**EL SABADO 10 APARECERA EL PRIM-
MER NUMERO DE LA REVISTA**



**Colecciónela desde
el primer número**

P R E C I O :

Número suelto	B/0.25
Suscripción por año	3.00

RADIO MIRAMAR

- Buenos programas
- Música selecta



S I N T O N I C E L A

630 kilociclos

Onda Corta

750 kilociclos

Onda Larga

La única estación con
sintonía en toda la República

Invierta Su Dinero Inteligentemente...

Suscribáse al Extraordinario

CLUB DE MERCANCIAS

Con solo B/1.00 por Semana y reciba

B/25.00 en Mercancías de su gusto

SIN DESCUENTO ALGUNO

Compre su Acción **H O Y ! !**

Novedades Antonio Calle 'T'

(EL ALMACEN CON AIRE ACONDICIONADO)

Antigua Casa Kaiser

MIGUEL A. NAVARRETE

FABRICA NACIONAL DE ARTICULOS DE CUERO

Producimos lo que el País Necesita

Consumimos lo que el País Produce

Apartado 2153—Ave. Ancón No. 73

GALO A. AROSEMENA

AGENTE COMISIONISTA

PATENTE 5066

Apartado 1346—Teléfono 865

B E R T I N A

R O N P O N C H E

N A C I O N A L

¡ E S P E R E L O !

ALIMENTESE DE VEGETALES CON PREFERENCIA

Comer bien no consiste en dar rienda suelta al apetito.

Para comer bien es necesario ingerir aquellos alimentos indispensables para la conservación de la vida y la salud.

No se debe comer aquello que no podamos digerir, transformar y asimilar.

El proceso de la digestión, una serie de operaciones físicas y químicas cuya finalidad es la asimilación de las sustancias químicas contenidas en los alimentos.

La digestión da lugar a que los alimentos:

- a) Mantengan fija la composición del organismo.
- b) A la reparación de las pérdidas.
- c) La formación de nuevos tejidos.
- d) A que mantengan la temperatura normal del cuerpo.
- e) A que produzcan la energía gastada.

La preferencia de una dieta alimenticia con más abundancia de vegetales evita las enfermedades del estómago originadas por el abuso de la carne.

La sangre humana no contiene la cantidad suficiente de amoníaco para destruir las sustancias tóxicas derivadas de una excesiva alimentación de carne y albúminas.

Las úlceras del estómago, el cáncer, el estreñimiento y demás enfermedades del aparato digestivo pueden evitarse mediante una abundante alimentación de vegetales.

La alimentación completa debe contener carne, hidratos de carbono, grasas y vitaminas.

Los alimentos que hacen bulto en el estómago, llamadas materias inabsorbibles, facilitan la expulsión de los residuos que si permanecen en los intestinos pueden convertirse en causa de muchas enfermedades.

En los intestinos es donde se efectúa la más importante función alimenticia que consiste en la metabolización y asimilación de las sustancias químicas.

La alimentación debe consultar el trabajo de los miembros de la familia.

Las personas que no están muy atareadas, consumen 2,500 calorías al día; mientras que las que trabajan activamente 4,000 y 5,000; es decir el doble.

La alimentación de los que trabajan debe ser más esmerada.

El reposo absoluto es la mejor manera de combatir las enfermedades. El sueño es el único descanso.

(JUNTA NACIONAL DE NUTRICION—BANCO AGRO · PECUARIO)

Mueblería "La Garantía"

CALLE "T" No. 4

A LA VILLA DE CARACAS

IMPORTADORES DE MERCANCIA EN GENERAL

Visite nuestro departamento al por mayor
y encontrará los precios más bajos
de la plaza

Calle 13 Este No. 8 • Tel. 388 • Apartado 118

PANAMA, R. de P.

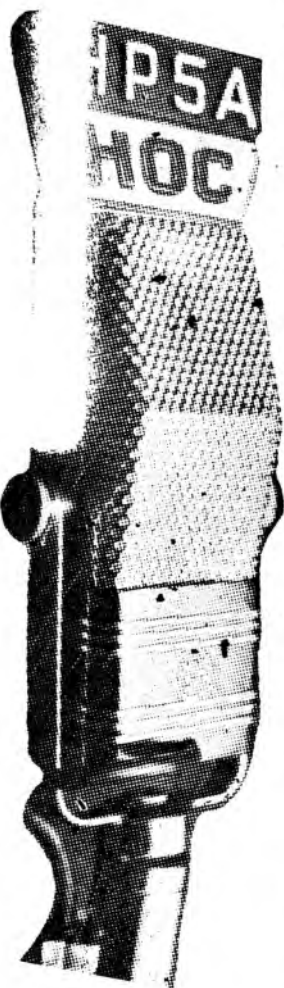
Cadena

HOC Y HP5A
PANAMA

Panameña

HOK Y HP5K
COLON

Radiodifusión



LECHE MARCA
''AMEGLIO''

HELADOS
''SUAVEL''

Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.

Calle Juan B. Sosa No. 5

. Tel. 2066

PANAMA, R. P.

Angelini

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

Teléfonos 887—1687

Ave. Central 779

EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 60)

FABRICA DE ROPA

**GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y
UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES**

Gerente General: Raimundo Ortega Vieto

Teléfono 2732_J Apartado: 572

TEATRO POPULAR

(El mejor de los chicos)

Calle Montesión No. 4

**ofrece diariamente películas en
doble programa**

Precios: 0.25 y 0.15


Speed-Easy
(rápida-fácil)

"LA
PINTURA
MAGICA"

Guardia & Cía. S. A.
Teléfono 1496
PLAZA DE HERRERA

SUSCRIBASE
a la
Biblioteca
SELECTA
PRECIO B 1.50
AL AÑO
envíe su vale postal
al apartado 3181

**MUEBLERIA
TUÑON**
Ave. Central y Calle 31
(Edificio San Roque)
Muebles cómodos y
elegantes a precios
especiales
Compre sus muebles con
tiempo.
Aproveche nuestros
precios especiales.



FARMACIA SELECTA

Magnifico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

Mario Galindo y Cía. S. A.



Materiales de construcción.

Ferretería en general.

La pintura de mejor calidad.

Ave. Norte 71



Teléfono 119



IMPRESIONES • ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO • ENCUADERNACIONES

IMPRESA DE LA ACADEMIA

Calle Juan B. Sosa, No. 8 • Panamá, E. de P.



LOS 3 GRANDES

Famosos en todo el mundo

El Champagne de los Ginger Ale
SPARKLING WATER

Inseparables para Bebidas

S P U R

La Super Cola

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad
de la República se sostienen con el producto de
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS
SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINA-
RIO Y DE LOS "3 GOLPES"

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados
comprando únicamente billetes de la LOTERIA
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAOR-
DINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca **SELECTA**. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura **SELECTA**. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca **SELECTA**. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Adquiera siempre la **BIBLIOTECA SELECTA** y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.

Precio de Suscripción
B. 1.50 al Año